

APUNTES DESDE LA ORILLA
El teatro nuestro de cada día

CLAUDIO DI GIROLAMO C.

Intervención del
Jefe de la División de Cultura del Ministerio de Educación de Chile

Museo Rufino Tamayo – Ciudad de México
Noviembre de 1999

APUNTES DESDE LA ORILLA

El teatro nuestro de cada día

Al iniciar estas breves reflexiones, quisiera acotar de inmediato su alcance. Mi intención es enhebrar una serie de recuerdos de mi ya larga vida de teatrista y enredarlos con mis antiguos y nuevos sueños que se niegan a desaparecer y que, por el contrario, me asaltan día a día con sus exigencias.

PRÓLOGO: *los antecedentes necesarios.*

Desde muy niño, he sentido que el teatro me llamaba:

Mi abuelo paterno que, poco más que adolescente, huye de su casa para unirse a la compañía de Eleonora Duse, la gran diva del teatro italiano de comienzos de siglo...

El teatro de marionetas de mi padre, con sus más de cien muñecos que aprendí con mucho esfuerzo a manipular sin enredarme en sus hilos.

El ver, en el taller que siempre quiso tener en la casa, como nacían de sus hábiles manos y de su imaginación desbordante no sólo las telas pobladas de sus obsesiones hechas pintura, sino también los bocetos de vestuario para teatro y cine que le significaban maratónicas traspasadas en las que, a veces, en los fines de semana, los niños teníamos permiso para acompañarlo un rato, hasta que se nos cerraban los ojos y nos retirábamos a soñar con los héroes de todas aquellas historias de ficción.

Por todo esto y mucho más supongo que, cuando llegó el momento, fue “normal” que decidiera ingresar a la escuela de escenografía. Allí me encontré con profesores que habían enseñado las mismas materias a mi padre años antes, que aún lo recordaban y me lo ponían como ejemplo. Puedo decir, con serenidad, que eso nunca me produjo trauma alguno; por el contrario, sirvió para afianzarme en mi vocación.

A ver si puedo transmitirles hoy algo de lo que significa el teatro para mí, a la luz del camino recorrido.

Llevo en el cuerpo cuarenta y ocho años de teatro profesional que, unidos a aquellos gastados intentando articular el espacio y la luz en los pequeños escenarios de la Escuela de Escenografía de la Academia de Bellas Artes de Roma, superan el medio siglo.

Desembarqué en la orilla del otro océano, después de la segunda gran guerra, como un inmigrante más en busca de paz y pan, junto con el estreno de “Vivir en

paz”, la gran película del neo-realismo italiano. Lo señalo aquí, entre mis recuerdos, porque hay sin duda un nexo entre los dos hechos que no trepido en definir como emblemático.

En toda guerra, a los civiles nos toca el triste rol de ser testigos obligados de la agonía de un modo de vida que ha sido muy nuestro y que se va muriendo poco a poco entre los estallidos de las bombas que se intercambian, de ida y vuelta, los enemigos de turno. Teniendo el hambre como compañera inseparable y acostumbrarse a ella como algo cotidiano con lo cual se amanece y se duerme, sin solución de continuidad.

Llegar a la conclusión de que esa sensación es la normal y que es mentira el cuento de que alguna vez alguien se sintió satisfecho y que pudo soñar otra cosa que no fuera una flotilla de platos repletos de comida volando por los aires, dejando tras de sí una estela de apetitosos perfumes. Esos, sin duda, fueron mis primeros avistamientos de lo que, algunos años después, conocería como platillos voladores.

Un día, sin embargo, se produjo una suerte de epifanía producida y representada por mi madre que me preparó definitivamente para emprender el camino del teatro, de esa ficción efímera que es más potente que la misma realidad. Permítanme tratar de relatarla así, como aún sigue viva en mi recuerdo, después de casi sesenta años.

PRESENTACIÓN: *la epifanía.*

Una tarde de invierno, después de la enésima alarma aérea que nos hacía subir y bajar como tromba las largas escaleras (vivíamos en un sexto piso, sin ascensor), estábamos tapando las ventanas con las acostumbradas frazadas antes de encender las pocas lámparas disponibles, para que la luz no filtrara al exterior y cumplir así la ordenanza antiaérea.

Nos esperaba una noche de aquellas en las que los ruidos del estómago vacío sonaban a trío en el dormitorio de los tres hermanos di Girólamo. Ya habíamos hurgado en todas las ollas de la cocina sin resultado alguno y nos aprestábamos a dar el eufemístico saludo de las “Buenas noches”, cuando mi madre nos detuvo con una simple y escueta orden: “Ayúdenme”.

Con gestos decididos se dirigió al mueble del comedor y comenzó a sacar mantel, servilletas, cubiertos, vajillas y copas, mientras organizaba a los tres muchachos en la preparación de la mesa. Recuerdo que nos llamó la atención que salieran de los cajones las mejores piezas, aquellas que, antes de la guerra, se usaban para las grandes festividades de la Navidad y del Año Nuevo.

Con una mirada de complicidad, mientras tanto, mi padre había desaparecido hacia su taller, al otro extremo del departamento.

Unos viejos candelabros completaron el espacio escénico, dándole el toque “viscontiano” que faltaba...

Al rato mi padre ingresó al comedor con un block de dibujo y varios lápices. Ceremoniosamente, los entregó a mi madre. Ella fue depositando en cada plato una hoja y un lápiz y nos convidó a sentarnos.

En aquel entonces se acostumbraba rezar antes de cada comida.

Recuerdo, claramente, las sencillas palabras de aquella oración: “Señor, bendice los alimentos que vamos a comer y haz que a los niños pobres nunca les falte el pan, amen”. Pero, ¿de qué alimentos estábamos hablando en esa ocasión, si los platos vacíos apenas exhibían un papel y un lápiz, no muy comestibles ni apetitosos que digamos...?

Fue entonces cuando la voz de mi madre sonó alegre encima del desconcierto de los niños: “¡Dibujen lo que quieren comer!...”

Y allí se produjo el milagro... Azuzados por mi padre, gran maestro pintor, comenzamos a dar rienda suelta a la imaginación más desbordante y al hambre apenas contenida.

Dibujábamos con apuro, con gula mal disimulada, pavos y cerdos, corderos y vacunos. Adobados en mil formas. Compusimos, entre risas, platos extraños con mezclas exóticas nunca vistas ni imaginadas antes, adornados con fantasía desbordante. Pronto, hicieron falta los lápices de color... Y las salsas y las carnes adquirieron peso, espesor, sabor, calidad táctil y gustativa.

De inmediato, comenzó el mercadeo: “¡Cambio cordero por vacuno!” “¡Dos porciones de tallarines con salsa boloñesa por pescado al horno!”, “¡Timbal de queso con carne por strudel de manzana!”... “¡Champaña francés por vino siciliano!”... Y vamos tomando agua y riendo y haciendo fiesta, mientras los papeles volaban por encima de la mesa, al ritmo de ese trueque gozoso...

Al rato, nos fuimos a acostar con los estómagos vacíos, pero felices...

Ya no teníamos hambre... Ella había desaparecido, tragada en el torbellino de voces y risas que no le dejaron espacio para que siguiera doliendo...

.....
.....

BREVE INTERLUDIO: *poniendo las cosas en orden.*

A la distancia, hoy pienso que en ese lejano 1942 se produjo un milagro de alquimia. Esa noche, la materialidad del hambre se transmutó en FIESTA. Fue el momento en que mi madre logró poner en escena la metáfora más impresionante que yo haya visto nunca en un escenario.

Es la misma que me ha seguido acompañando en todo mi caminar de teatrista, sobre todo en esos momentos en que, en el montaje de una obra, uno se encuentra acorralado, seco en la imaginación y dudoso de sus escasos talentos.

Además, en los intersticios más recónditos de mi conciencia, ha depositado una fé a toda prueba en la capacidad de la imaginación para cambiar físicamente la realidad y, sobre todo, en que cada situación límite trae consigo, en su interior, los elementos para superarla a golpes de amor y de osadía.

Por de pronto, tengo la sensación de que el mío ha sido un trayecto de muchas vueltas, lleno de atajos a veces muy tramposos y de espejismos a cada vuelta de la esquina.

Pero, por otro lado, como sucede en toda disciplina artística, el tiempo gastado en ese andar también me ha regalado unos momentos de gracia. En ellos, he podido rasguñar el misterio y abrir un resquicio a través del cual me he atrevido a contemplar parte de la verdad. Por eso es que lo percibo como un recorrido repleto de estrictas exigencias, que me han enfrentado constantemente con mis propias limitaciones, en sus errores y aciertos.

Otro cuento es que uno esté dispuesto a hacerles caso y no se refugie en una autocomplacencia disfrazada de genio incomprendido. Para muestra, un botón: solemos descalificar a la crítica y los críticos hasta el momento en que dejan deslizar unas pocas palabras de alabanza que, a pesar de la opinión que podamos tener acerca del sujeto que las expresó, estamos dispuestos a agregar a nuestro currículum a la menor provocación.

También, nos entrenamos en el triste deporte de hacer lo mismo con algunos compañeros de ruta, que tienen la enorme osadía de no ver el teatro de acuerdo a nuestro propio punto de vista. Si me permito hacer esta breve digresión, es para recalcar que éstos y otros pequeños y grandes renuncios no hacen otra cosa que patentizar lo frágil y efímero de nuestra condición de teatristas y lo necesitados que estamos de apoyarnos en un reconocimiento, por muy mínimo que sea, que ahuyente nuestras dudas más dolorosas y dé un barniz de legitimidad y utilidad a nuestra pasión.

NUDO:

Escena primera: Las preguntas.

Aquí entramos de lleno en el tema que nos convoca y que exige una respuesta, aunque sea tentativa, a una primera pregunta:

¿Cómo enfrentamos la compulsión de la permanencia en el tiempo de la obra de arte con lo efímero y transitorio, cualidades intrínsecas del arte escénico?

Frente a las artes visuales, largamente instaladas en el imaginario colectivo como desafiantes del paso del tiempo, el teatro se ha integrado a la cultura humana a través del rito, actuado y compartido en comunidad.

Si bien, al igual que cualquier otra disciplina artística, su significación más profunda se arraiga en el misterio y en la necesidad de la especie humana de tratar de desentrañarlo a toda costa, su expresión concreta en el espacio-tiempo se da, solamente, en el proceso de hacerse a sí mismo con la complicidad del diálogo con el sujeto que concurre como co-oficiante a ese rito.

Estamos hablando de una experiencia humana que no puede ser reproducida ni es susceptible de ser analizada teniéndola a la vista una y otra vez. El teatro nace, se desarrolla y muere en el escenario en cada función, siempre diferente. Pasa rápido frente a nuestros sentidos y no se detiene para entablar el diálogo con los rezagados y los desatentos.

No está demás recordar que el término **espectador** se relaciona con el adjetivo **expectante**, que define una cualidad específica, eminentemente activa, que se adhiere a cualquier ser humano exclusivamente en momentos muy determinados y que permite el libre flujo de respuesta a los estímulos recibidos, por el contacto con la obra de arte.

Al igual que el lenguaje hablado, es de verdad un puente transitable de ida y vuelta, sólo cuando se expresa en un idioma comprendido por los interlocutores, así el sujeto expectante establece un nexo vital con la acción teatral a partir de un misterioso contacto emocional, que no se da en todos los casos, que la hace entendible y que va mucho más allá del conocimiento racional de sus cualidades y estructuras formales.

Ahora bien, ¿de qué expectación estamos hablando? ¿Es ella un estado de ánimo homologable a la simple espera? En pocas palabras: ¿puedo yo estar expectante de la misma manera, frente a un televisor, esperando la emisión al aire de un acontecimiento **aún por producirse** que me importe de una manera muy especial, por sus posibles consecuencias en mi futuro personal o en mi percepción de la realidad, que a la espera de un noticiero, en el cual se relata y se muestran imágenes de sucesos **ya acaecidos** tanto en mi país como en el resto del mundo? ¿O, cuando, sentado cómodamente en una sala de cine, me apresto a ver y disfrutar de una película acerca de la cual he oído muy buenos comentarios?...

NUDO:

Escena segunda: Para tratar de entender...

Para comenzar, es bueno aclarar la diferencia que existe entre la primera y las otras dos situaciones descritas.

En la primera, el acontecimiento esperado aún está por producirse y, por consiguiente, lleva implícitas una multitud de variables que pueden cambiarlo en su sentido y su forma con las respectivas consecuencias en mi percepción.

En las otras, por muy conmovido que esté por su sentido y características, me encuentro observando situaciones ya acaecidas en el pasado reciente o en presencia de otras, ficticias, fijadas definitivamente según un orden preestablecido e inamovible.

A pesar de sus diferencias, sin embargo, en ninguna de las tres experiencias podré tener una ingerencia personal, porque en ellas las situaciones se producen lejos de mi presencia y sólo las percibo a través de medios técnicos, que no permiten ninguna posible acción modificadora de mis reacciones de aceptación o rechazo, expresadas directamente y “en vivo” sobre ellas.

Esa es precisamente una de las razones que hace que el teatro siga siendo un lugar de libertad y de provocación real. En él, mi reacción ante los hechos que acontecen bajo mi mirada, se transforma en elemento esencial para establecer el diálogo indispensable con la acción que se desarrolla en el escenario e, incluso, puede llegar a transformarse en una fuerza estimulante que la modifique.

Los actores y los espectadores se convierten así en interlocutores que construyen, en conjunto, el acontecimiento teatral. De hecho, ese “acontecimiento” puede darse en la medida en que es susceptible de constantes cambios generados por las dos energías en juego. Postulo, en este sentido que, por lo menos en el teatro, no existe el tan mentado emisor cuya contraparte es el receptor. Diría, por el contrario, que el fenómeno se da entre dos agonistas que, de común acuerdo, aceptan participar en un rito compartido.

Pero, ¿Qué ha pasado con el ritual del teatro, entendido como un espacio destinado a una comunicación intensa entre personas que acogen y aceptan, gozosa y libremente, la experiencia de **con-partir** emoción y belleza? Escribo intencionalmente **con-partir** con “n” para destacar su más específico significado, ligado a su raíz semántica.

En efecto, si el verbo partir remite a la idea de romper algo que constituye una unidad, el **con-partir** sugiere una acción realizada en comunidad con otros, significa **partir** algo que me pertenece y, libremente, ofrecer parte de él, en un trueque realizado **con** otros que están dispuestos a relacionarse conmigo de la misma manera.

¡Cuán lejos está de esta forma de entender el rito teatral el concepto de teatro “digestivo”, hecho para olvidar los problemas, para alejarse por un instante de una realidad que consideramos hostil e ininteligible!. O de aquel otro, que pretende conmover a golpes de tecnología de punta, con láser, computación y pirotecnias

de todo tipo, dejándose tragar por lo formal...

Quiero aclarar algo para no ser mal interpretado. Con el tiempo, he llegado a considerar legítimos todos los puntos de vista y todas las formas de hacer arte, siempre y cuando sean realmente eso: puntos de vista y formas de hacer arte. Es decir, que supongan una voluntad de situarse en un lugar y, desde allí, arriesgarse a dirigir una mirada personal al mundo y los hombres y lograr objetivarla en obra concreta que pueda entrar en diálogo con los demás.

Por lo tanto, acepto gozoso las diferencias de sensibilidades y de necesidades pero, al mismo tiempo, abogo por una forma de hacer teatro que provoque, tanto en el teatrista como en el espectador, una actitud diferente para poder llegar a tejer esa relación de complicidad, que permite el desarrollo del rito comunitario.

Se suele definir al teatro como un ámbito en el cual hay licencia para mentir y ser engañado, en donde por medio de un pacto estipulado de común acuerdo, algunos mienten y otros aceptan gozosos sus mentiras llenas de verdad. De esa verdad que cuesta reconocer en su expresión cotidiana y que, sin embargo, aflora sin trabas en el transcurso de las vicisitudes de una multitud de personajes que nos re-presentan a nosotros mismos y que son, al mismo tiempo, causa y fruto de las situaciones recreadas en el escenario.

Es que, desde tiempo inmemorial, cobra vida sobre unas cuantas tablas, en infinitos lugares, una acción que tiene la misión de rescatar y alimentar constantemente la memoria común de cualquier comunidad, a través del muy simple ritual de contar historias de gente a otra gente...

MÚSICA Y APAGÓN LENTO

(Sigue música mientras vuelve luz sala)

(Se abren las cortinas del foyer)

INTERMEDIO: *mirando hacia adentro.*

Me encuentro en el foyer del teatro, una sala parecida a ésta, deambulando entre gente desconocida. Los pocos rostros reconocibles parecen no percatarse de mi presencia. Tanto mejor... No tengo que inclinarme ante las elementales normas de urbanidad y dar paso al cumplimiento de los estrictos deberes de la convivencia civilizada, saludando a diestra y siniestra, inventando a toda prisa frases ingeniosas y levemente sibilinas para comentar la primera parte de esta reunión. Puedo seguir el ritmo errático de mis reflexiones...

Me imagino entonces en otro país, libre de contar, a mi antojo y en el orden que yo quiera, el por qué de esta extraña necesidad mía y de tantos otros que son parte de mi vida, que como yo han sucumbido a la tentación de tutearse con el misterio

y lo han perseguido sin medir los peligros y las consecuencias de dejarse llevar por esa pasión de develarlo a toda costa...

¿Le interesará a alguien lo que nos pasa? ¿Necesitan los otros de alguien como nosotros? Siento que, a estas alturas, tales preguntas pierden toda importancia y significado...

Aunque obtuviéramos solamente respuestas negativas, supongo que seguiríamos en lo mismo, incapaces de volver atrás y de reformular nuestras vidas según los más tranquilizadores cánones de la normalidad...

(Suena el timbre que comunica el fin del intermedio...)

Espero el lento extinguirse del murmullo de todos aquellos que retornan a la sala. Un rezagado termina abruptamente una conversación en su teléfono celular, lo apaga, (menos mal), y desaparece tras la cortina que limita el foyer, ese breve espacio-paréntesis entre dos mundos aparentemente diversos...

Por mi parte, vuelvo a esta realidad. Me encuentro sentado de nuevo frente a ustedes... Entonces tomo aire y sigo...

NUDO: Segunda parte

Elipse uno: El espacio en las sombras.

No enciendo las luces. Bajo a tientas la escalera, como un ciego, encandilado aún por la luz del sol que inunda la calle. Tanteo en la oscuridad de la sala vacía hasta encontrar el respaldo de la última butaca. Me dejo caer en el asiento y cierro los ojos. Los resplandores multicolores ceden lentamente el espacio a una oscuridad aterciopelada, al tiempo que los latidos se calman en un ritmo apenas perceptible. Es el momento preciso para iniciar el reconocimiento de ese espacio que ya es sólo mío...

Vuelvo a abrir los ojos y lentamente, sin esforzar la vista, paseo la mirada sobre esa aparente oscuridad. El hueco del escenario se me revela de a poco, cada vez más nítido. Siento la energía que aún permanece en su espacio y trato de conquistar mi lugar en él. Elijo un punto de referencia y emprendo el camino por el pasillo de la sala. Subo al escenario y ocupo ese lugar escogido. Lentamente, giro sobre mí mismo y devuelvo la mirada hacia la butaca que recién ocupaba. Allí es donde se produce el cruce de miradas. Puedo percibir como se dirigen una hacia otra anudándose, para construir, sobre esa plenitud de energías, otra más... y otra... y otra, hasta completar la nueva conquista de ese espacio.

Es lo que trato de inculcar a mis discípulos, (nunca los traté de alumnos). En el teatro no hay lugar para espacios vacíos. Cada rincón está lleno de energías pre-

existentes, con las cuales tenemos que entrar en relación para poder aportar la cuota que nos corresponde.

El sujeto, actor o actriz, no entra a un escenario que está vacío para llenarlo con su presencia; por el contrario, se asoma a un espacio lleno en el cual debe conquistar su lugar. La energía acumulada en su cuerpo y en su espíritu debe desplegarse con extremo cuidado, para encontrar los recorridos más idóneos y expresivos.

Hay que crear un ritmo que sea capaz de entrar en relación armónica con aquellas otras que ya están allí, y apoyarse en ellas, complementándolas y enriqueciéndolas. En ese intento, al percibir un entorno consistente que se resiste de alguna manera a dejarse penetrar, el cuerpo adquiere otras expresividades.

Se llega entonces a dialogar con el espacio y se enhebran con él complejas relaciones que no solamente enriquecen los desplazamientos físicos, sino que crean una mayor complejidad y armonía en el desarrollo de la acción dramática.

Durante mucho tiempo, en diferentes latitudes, he tenido la suerte de encontrarme con otros, en el intento de construir algún método de trabajo que ayudara al actor en su búsqueda de armonía y belleza en su quehacer cotidiano. Hemos estado tratando, juntos durante largos días, de armar un rompecabezas que se hacía más y más difícil a medida que creíamos llegar cerca de la solución.

Espacio escénico y Energía del actor han sido mis fieles fantasmas y obsesiones con que, seguramente, he contagiado más de una generación de estudiantes. No me arrepiento de ello; al contrario, a la distancia me parece que es parte sustancial de lo poco bueno que pude hacer en mi recorrido de maestro.

En Colombia, hace unos años en la pequeña localidad de Fusagasugá, cerca de Bogotá, con treinta jóvenes directores, volvimos a intentarlo. Podría contar largamente hallazgos y desencuentros, asombros y derrotas, pero lo que más recuerdo es el entusiasmo por haber redescubierto el **juego** como fuerza motora de todo proceso teatral. Lo fundamental fue la alegría en el trabajo compartido y la generosidad con la cual se intercambiaron los hallazgos y las preocupaciones. Después de quince días, regresé a mi "fin de mundo", cargado de emoción y fuerzas renovadas. En mi interior, con el reconocimiento más hermoso de mi larga carrera... El título de Viejo Chamán que en la despedida me otorgaron esos jóvenes amigos y colegas colombianos.

En el grupo Ictus, planteábamos que **el teatro**, más que una disciplina artística, **es una forma de vida**. Con la arrogancia y la intuición de la juventud, dimos en el clavo en lo que eso significa de compromiso y constancia, de amor y de sombras compartidas.

Varias generaciones han sido nuestras cómplices, de palabra y de hecho, en esta premisa y elección de modo de vivir, sorteando muchos obstáculos y reiteradas

tentaciones. Nuestro intento se ha teñido con toda la historia del pequeño país de donde vengo y que he elegido y que me ha acogido como segunda patria.

Allí están mis nuevas y ya antiguas raíces en su territorio y en su sangre, en el tiempo gastado y, sobre todo, en la entrañable sala La Comedia que conocí cuando ella aún no había nacido. Pasará más tiempo, pero a estas alturas nada podrá borrar mi relación de amor con ella. Para demostrarlo y declararlo frente a ustedes, retomo un momento del lejano 1982, en plena dictadura, a la víspera del estreno de “Sueños de Mala Muerte”, que nuestro gran José Donoso compuso junto al Ictus. Es, tal vez, uno de los pocos ejemplos de una carta de amor dedicada a un espacio teatral, que se puede entender mejor a la luz de lo que he relatado hasta ahora...

DESENLACE: *mirando desde el futuro.*

En los programas de nuestras producciones, todos aquellos que de alguna manera nos considerábamos parteros de la nueva criatura, acostumbábamos siempre a expresar por escrito nuestras reacciones frente a ese milagro que se iba repitiendo, una y otra vez. En aquella ocasión, en la que, además, la sala La Comedia cumplía veinte años de actividad ininterrumpida, entre los textos de José Donoso, Nissím Sharím, Delfina Guzmán y Carlos Genovese, encuentro éste mío que, sin pudor alguno, voy a compartir con ustedes...

Dice así:

“Veinte años después”

Sentado a oscuras, con la pequeña luz de trabajo en el tablero apoyado en mis rodillas, miro hacia el hueco negro de tu escenario. Todo está silencioso aquí abajo. Ya no sé si arriba es de día o de noche: el murmullo de la ciudad no se oye... Vine hasta aquí para recordarte y repensarme.

Hace mucho tiempo, te conocí desnuda, llena de andamiajes que obligaban a imaginarte más que a descubrirte; cuando platea y escenario eran una sola cosa informe.

Te he visto nacer en tus muros, en tus butacas, en los rincones escondidos de los camarines y de los servicios. He visto desenrollarse los cables, embutidos hoy en tu piel, que llevan desde la cabina la luz que hace vivir el espacio reducido del escenario.

Al mirarte ahora, tengo la pretensión de conocerte mejor que nadie. De saber tu historia incluso antes de que nacieras. De cómo te querían convertir en estacionamiento, bodega, o en algo más útil. De cómo te rechazaron por tu ubicación, lejos del foco bullicioso del centro.

En tus muros, como en los troncos de los árboles, está escrita, por capas, la

historia de tu metamorfosis. Pasaste de blanca a azul, a roja, a negra; han desaparecido muros, han aparecido otros. Tú, pacientemente, te has adaptado, has aceptado que te “reinventaran para poder sobrevivir”.

Has sido lugar de encuentro para algunos, lugar de paso para muchos. Has acogido nuestra historia personal y colectiva con paciencia y fidelidad. Todo esto es cierto. Pero hoy vengo a hablarte de nosotros dos, de ti y de mí, solos. De lo que me has dado, pero también de lo que me has quitado.

Veinte años, como diría don Eustaquio, ese entrañable personaje medio loco y muy sabio de “Lindo país esquina, con vista al mar”, son toda una vida. Nos encontramos en otro tiempo, en otro Chile, con ganas de hacer y de soñar.

Nuestras vidas empezaron a hacerse mutuamente sin miedos, hasta diría con alegría y entusiasmo. Me gustó tenerte, sentir que con el tiempo la permanencia se iba transformando en pertenencia. Ver llenarse tu espacio de oídos atentos y mentes abiertas.

A través de los años, que me perdonen, me sentí **haciendo historia** contigo. Algunos de los que se sentaron entre los primeros en tus butacas, siguen viniendo. En ellos veo el paso del tiempo. Sus primeras canas me recuerdan cuánto te debo y cuánto me has quitado.

Le has dado un lugar a mis ilusiones y mis esperanzas. Has logrado enredar mi vida contigo. Por eso te quiero. Pero también te odio, porque al retenerme me has domesticado un poco, me has obligado a quedarme, a instalarme; me has tratado de convencer que sin ti no puedo vivir.

A lo mejor es cierto; pero tengo que ser franco contigo, especialmente hoy. Tendré que dejarte, tarde o temprano; o tú me dejarás. La “comedia” seguirá en otras partes para mí; para ti, aquí, con otros.

Como todo lo que no es eterno, caerás bajo la picota de la demolición para dejar paso a lo nuevo. Tu muerte dará paso a otras vidas.

No sé si estaré a tu lado ese día. Sólo quiero decirte hoy que, pase lo que pase, ha sido hermoso vivir contigo. Que los pequeños y grandes secretos que compartimos, las victorias y las derrotas, la magia y los sueños que hemos contribuido a crear, no desaparecerán. Quedan prendidos en otras existencias, desconocidos para muchos pero vivos. Ampliarán, de alguna manera, el mundo por venir...

Empiezas a llenarte de los ruidos familiares. Comienza de a poco el trajín preciso de los técnicos; el saludo de los primeros actores llegando interrumpe la quietud. El paréntesis, nuestro paréntesis ha terminado.

La presencia de José Donoso me trae a la realidad. El trabajo sigue su curso. El

ambiente se pone febril, se entrecruzan las primeras órdenes. Tu espacio, nuestro espacio, se va poblando de otras presencias, tal vez más vivas, más poderosas.

Entran el “maestro Osvaldo” con “el viejo chico”, trayendo una bandeja llena de un muestrario de tazas y vasos con café y té. ¿Cuántas sacarinas? ¿Quién tiene una cuchara?... El cuchicheo de la rutina del encuentro cotidiano, familiar y a la vez siempre nuevo...

Sin saber cómo, me encuentro de nuevo en la oscuridad, la pequeña lámpara azul de trabajo encendida, y miro con extrañeza mi mano anotando en un cuaderno, arriba a la derecha de la página: 4 nov. /82, 19,47 hrs. Primer Acto. “Sueños de mala muerte”.

Mi voz me llega de otra parte: “Ya, “chico”, cuando quieras”

Las luces de la sala se van apagando; en el escenario sólo las cortinas iluminadas con el 2 y el 3 al 50%, el 10 al 40% y el 11 al 50%.

Salen, muy lentamente, las luces. Un segundo de oscuridad. La sala se llena de los compases de “La Chica del diecisiete”. Comienza otro ensayo general...”

.....

EPÍLOGO: *de vuelta al prólogo.*

En efecto, ya han transcurrido muchos años desde nuestra separación... Fue en 1986, después de veinticuatro de una unión casi perfecta. Algunos de los que me acompañaron ya no están con nosotros: el flaco Osvaldo, Roberto Parada; Juan, el utilero. Sin embargo, los traigo y los traeré siempre conmigo, en mi mochila, entre mis mejores recuerdos...

Las palabras, que recordé aquí, fueron premonitorias. Empecé un día otro camino, más abierto e inseguro, más lleno de hechos y personas imprevisibles, en un momento en que aún se veía lejos la libertad soñada y luchada. He seguido, tozudo, escribiendo, dirigiendo, enseñando en mi país y en muchos otros lugares. Hasta viajé por el mundo con unos entrañables payasos que se negaban a perder la esperanza, a pesar de sus miserables vidas.

Tampoco yo he perdido la mía. La sigo alimentando día tras día, con dedicación y constancia, como el tesoro más grande que aún tengo. Me ayudan a seguir en este camino, las vidas de muchos jóvenes que deciden con valentía entregarse a esta profesión de fe que es el teatro.

No sé lo que sucederá en el futuro; qué nos está reservado a los que nos negamos a olvidar nuestros sueños y que queremos seguir soñándolos, invitando a otros, desde el escenario, a soñarlos con nosotros a pesar de las más implacables tentativas para impedirlo.

Creo, firmemente, que ellos son los únicos que nos pueden devolver las fuerzas que a veces flaquean, recomponer las esperanzas trizadas e impulsarnos a seguir luchando para instalarlos definitivamente entre nosotros como los más seguros pilares sobre los cuales construir un mundo más humano para todos.

Claudio di Girólamo